

De baja esclavitud en que ora gimes,
A ser dueño de ti vén á tu aldea.
Aquí no ofenderá tu vista, al ménos,
El odioso espectáculo que ofrecen
Los áulicos salones; no á tus ojos
El brillo irritará de mil cobardes
Que viste abandonar la lid sangrienta,
Y agora, en puestos encumbrados, miras
Al valor insultar que no tuvieron.
La sencillez del campo deleitoso,
Con mil y mil escenas halagüeñas,
La enojosa impresion de tantos males
Sabrá borrar de tu angustiada mente,
Y el bien te ofrecerá que te huye ahora.
Vén, oh Venelio, vén, y en dulce calma
Burlando de las córtés la locura,
Las sosegadas horas pasaremos;
Y cuando en la estacion de sus amores
La selva con su júbilo convida,
Ajeno de cuidados importunos
Descolgarémos la vihuela de oro,
Y al pié de un sauce unidos cantarémos
El triunfo de la patria, y de sus héroes
La constancia indomable y altos hechos,
Asunto digno de inmortal memoria.

Sevilla, Julio de 1816.

SÁTIRA.

¡Cuán diferentes eran sus abuelos!....
Quizá dará calor así á sus pechos,
Y aspirarán á la heredada gloria,
Émulos dignamente de sus hechos.

L. L. DE ARGENSOLA.

¡Ves, Elpino, aquel fiero con bigotes
Que en retorcido curso hasta los ojos
Suben, y no sin pena el corvo sable
Arrastra en pos de sí, cubierto el pecho
De bigarradas cintas y medallas,
Y que marchando en paso decidido,
Con su torvo mirar nos amenaza?
Pues ése es un cobarde; en Somosierra,
Cual tímido conejo agazapado,
Lo cautivó el frances; mas junto á Búrgos,
Por el favor de un clérigo patriota
Logró escapar, se presentó á la Junta,
Y un grado consiguió. Luego en Ocaña
Al combate volvió, mas dispersóse
A los primeros tiros, y escamado
Juró nunca más ver del Galo el rostro.
De uno en otro depósito de entónces
Pasó la guerra en paz, y religioso
Siempre á la fe del noble juramento,
Ni oyó más el silbar del plomo ardiente,
Ni el tronar del cañon, ni aun con anteojo
Vió el centellante herir de las espadas,
En la vil sangre del contrario tintas.
No hubo subinspector ni comandante
De marcial hospital, á quien activo
Sus útiles servicios no ofreciese.
¡Ay, cuántos perfilados memoriales,
Cuántas instancias con primor escritas
Dirigió al general! ¡Cuántas propuestas
De observacion, de puestos interiores,
De partidas movibles, consagradas
A la extraccion de granos y caudales,
Y de guerrilla, en fin, no hizo á las Córtés!
Hasta que desahuciado ya por todos,
Y ardiendo en ira el pecho corajudo,
En la jornada de Chiclana ilustre,
Su nombre uniendo á triunfo tan glorioso,
Del Santi-Petri se acercó á la orilla.
Cubrióse así de lauro inmarcesible;
Asentó su opinion, y doña Angustias,
Rancia beldad que frisa en los cincuenta,
Patrona á un tiempo y deliciosa amiga
De nuestro Campeador, con ruego y lloros
Pudo alcanzar del primo diputado,
Que en una de las mil marciales Juntas
A su amador pusiera de escribiente.
Cádiz, Madrid, miraron sus hazañas

Despues acá; café no hubo ni plaza
De la Alameda al polvoroso Prado,
Que no escuchase de su voz tronante
El torrente locuaz.... ¡Cuántas batallas
No dió y ganó, la llena copa en mano!
¡Qué caudillo, por diestro y venturoso,
Logró evitar su crítica severa?
Así vivió de la una á la otra plaza,
De uno en otro café, bordel y juego,
Hasta que vino el Rey.... mas ¡chito! Elpino,
No digas que despues, el pecho lleno
De justa indignacion, á dos tenientes,
Guerreros valerosos, más antiguos,
Empero, que él, de fieros liberales
Acusó á su pesar, llevado sólo
Del ciego amor que siempre hubo á Fernando,
Logrólos apartar, y de su celo
En premio obtuvo la primer vacante.
Llovió despues el doble galoncillo,
Y aunque en nada sirvió; aunque ignorante
Ni áun saludó maniobras ni ordenanza;
Aunque no pensó nunca en otra cosa
Más que en saber qué mes, qué día, qué hora
Debe acudir por la inganada paga,
Logró dejar la doble charretera,
Y en cambio ver sus mangas adornadas....

Esta es su fiel historia.... mas quitemos
La vista del odioso personaje,
Que adornára mejor una cadena
En Ceuta ó El Peñon, que las insignias
Emblemas del honor que nunca tuvo....
Así va todo.... pero observa, Elpino,
Aquel tallado coronel que adorna
Del café bullicioso los umbrales,
Y sentado á sus puertas transparentes,
Del Santo Godo Rey la insignia luce,
Premio á la ancianidad; pues ese mismo
Aquí juró al frances, y en la rolina,
En tanto que más dignos españoles
Con su sangre regaban nuestros campos,
Pasó jugando de una á la otra aurora.
Mas valióle el favor, y algunas onzas,
Inicuo fruto de ominosas velas,
Lograron horadar el alambique
En que su honor y patriotismo entraron.
Purificóse, en fin, y allí le tienes
Ya cacareando entre la turba ociosa.
Mas no con esto satisfecho creas
Que el vil está, levanta el grito al cielo
Al ver que de la patria los campeones
A los supremos rangos ascendieron
Y él atras se quedó.... No lo tolera.
¡Y tiene quien le escuche y aún le aplauda!
¡Tan sin par imprudencia, tal descaro
Podrá, Elpino, sufrirse!.... Pero cata
Aquel que viene allí de negro fraque
Y redondo sombrero, que lo tienes
Sin titubear por mozo de una tienda;
Pues es un militar: fué prisionero
Por largos años, aprendió el idioma
En que habló el gran Condé, y algun retazo
Leyó de Jomini; con esto ufano
Se tiene por un Alba, y con desprecio,
Con lástima insultante mira á todos.
Háblale de las líneas interiores
De operacion, de puntos de partida,
De base militar.... todo lo alcanza;
Mas él es capitán, y ni una jota
Entiende de mandar su compañía.
El último á llegar es siempre á todo,
No cuida del soldado, ni se cura
De que esté bien ó mal; *masita, sobras,*
Son para él tal vocablos peregrinos.
No respeta á sus jefes; tiene á ménos
A ningun general hacer saludo,
Ni siquiera los mira; pero sabe
Lo que pasó en Rosbach, y eso le basta.
Si yo quisiera en las supremas clases
De la sátira el látigo temido
Hacer crujir, ¡ay! cuántos á tus ojos
En severa revista pasarían
Dignos de indignacion y aún más de mofa,

Vieras allí bordados relumbrantes
Que jamas hirió el sol, ni ajados fueron
Por la importuna lluvia de los campos.
El rojo ceñidor llevado vieras
Por quien nunca miró la sangre roja
Salir á borbotones de la herida
Del vencido frances, y á cuya oreja
Jamás llegó el silbido pavoroso
Del plomo destructor; otros verias
Que hasta el confin del África arenosa
Su pavor los llevó, y agora ufanos
De su baldon su gloria mayor hacen.
En pos de éstos, Elpino, te mostrára
La turba de ignorantes, que cual nube
De dañinas langostas ha invadido
De nuestras huestes los primeros cargos,
Y de la ciencia de la guerra alcanzan
Lo que un guardian de austeros recoletos.
Mas el uno fué Exento, el otro es Grande;
Aquél casó con una camarista,
Estotro fué vocal de la *Suprema*
Junta de su lugar, y los empeños,
Las mañas, la aficion, á alguno el oro
Y el vencedor moler los sacó adelante.
Y ¡qué! éstos han de ser por mengua nuestra
A los que de la patria los destinos,
Su independencia y gloria se confien?
¡Son éstos, por ventura, los valientes
Que de Bailén en los gloriosos campos

Al frances humillaron? ¡Los que en Zara,
En San Marcial, Vitoria, condujeron
Los triunfantes pendones de la patria?
¡Los que atónito viera el padre Ibero
Y el memorable Ter, en larga lucha
Más firmes resistir que el alto muro
Que en su heróico recinto los guardaba?
¡Serán éstos los nietos de los héroes
Que el África admiró? ¡De los que á España
Un nuevo y rico mundo sujetaron?
¡De aquellos animosos que en la hermosa
Y trabajada Italia tantas veces
Del árbol de victoria se cñeron?
¡De los que en San Quintin.... Disculpa, Elpino,
El que en mis ojos brille involuntaria
La comprimida lágrima que arrancan
La indignacion y el santo amor al suelo
Que nos viera nacer: do quier sus fastos
Llenos están de ejemplos memorables;
No hay una de sus páginas gloriosas
Que no recuerde heróicos y altos hechos....
¡Y en este suelo en palmas tan fecundo,
Tan ruin semilla se produce y medra!
¡Qué dirias, oh Cortés, y tú, Gonzalo,
Claro blason de la española gente,
Qué dirias al ver la débil turba
De estos degenerados adalides!
¡Son éstos vuestros hijos? ¡Serán éstos
Los que heredaron vuestro nombre?.... ¡Oh patria!

DON PEDRO ANTONIO MÁRCOS.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

(Del ADELANTE, periódico de Salamanca; 1861.)

DON PEDRO ANTONIO MÁRCOS, doctor teólogo en la Universidad de Salamanca, nació en un pueblecillo cercano á la misma ciudad. Modesto al par que ilustrado y virtuoso, no hizo ruido en el mundo. Sus obras, todavía inéditas, prueban que su instruccion era superior á la ordinaria, y que en su ministerio no habia *ratos ociosos*, puesto que de tal manera empleaba los que le dejaba libres el cargo parroquial. En el Viso, junto á Illescas, en Sonseca, Alcabon y el Casar de Salamanca, donde murió ha pocos años, hay aún testigos que recuerdan las virtudes y verdadera caridad de aquel buen eclesiástico. No le libraron, sin embargo, de persecuciones. Era *liberal*, y tuvo que pagar tamaño pecado, viéndose relegado en el convento de Recoletos Observantes del Castañar, en los montes de Toledo. La vida de recogimiento no era para él un sacrificio, y cuando el célebre Arzobispo señor Inguanzo pidió informes acerca de su comportamiento al Padre Guardian y otros dos Reverendos: «El doctor don PEDRO ANTONIO MÁRCOS, le contestaron, cura párroco del Viso, ha venido aquí á edificarnos con su doctrina y con su ejemplo.» Vivió y murió pobre: ocho reales eran todo el caudal que tenia en casa el dia de su fallecimiento. Sus feligreses le pagaron grande tributo de lágrimas. Íntimo amigo de don Francisco Sanchez Barbero, socorrió cuanto pudo á este ilustre poeta y buen patricio miéntras vivió en el presidio de Melilla. La correspondencia que siguió Sanchez Barbero con don PEDRO ANTONIO MÁRCOS, y con el hermano de éste, don Miguel, á quien tanto ha conocido y apreciado Salamanca, es un documento honroso para los tres que mediaron en ella.

DON PEDRO ANTONIO MÁRCOS, sumamente versado en las lenguas sábias, dejó, además de la traduccion de las *Lamentaciones de Jeremias*, otra de la *Batracomiomaquia*, de Homero, un estudio sobre los profetas, que elogian mucho las personas competentes, una traduccion de *El Cura de Aldea*, y varias composiciones poéticas, todas inéditas.

ADICION Á LA ANTERIOR NOTICIA.

Á estas escasas noticias podemos añadir que era tal la autoridad que como aventajado humanista ejercía el sabio doctor Márcos sobre los hombres más notables de la escuela Salmantina del último siglo, que Sanchez Barbero, aunquepreciado de su propia capacidad literaria, le consultaba acerca de sus obras. A él dirigió el mismo Sanchez la espístola latina, que se publicó al frente de su *Gramática Latina* (Madrid, 1829).

Publicó el doctor Márcos, en *La Tercerola*, periódico que salió á luz en Madrid por los años de 1820 á 1823, algunas poesías, que en verdad no pasan de la medianía. Escribió una composición poco inspirada, á la muerte de Sanchez Barbero,

C.

POESÍAS.

LA BATRACOMIOMAQUIA,

Ó SEA BATALLA ENTRE LAS RANAS Y LOS RATONES,
poema traducido del griego (1).

El coro todo de eliconias musas
A inspirar venga mi hervoroso pecho,
Que á cantar voy la lucha porfiada
Que atizó Marte, autor de lides ciego,
Y sobre mi rodilla en enceradas
Tablas grabé para inmortal recuerdo.
¡Oh, quién me diera que con fama eterna
Resonara por todo el universo
La gallardía con que pelearon
Contra las ranas los ratones fieros,
De los gigantes, de la tierra aborto,
Imitando el insano atrevimiento!
Cual fuese la ocasion de furor tanto,
Oid, mortales, que á cantar empiezo:
De las uñas de un gato á duras penas
Escapando un raton, llegó sediento
De un charco á orilla, y en el agua dulce
Metía á su placer su hocico tierno.
Gozalagos le atisba, y con voz hueca
Le dice: «¡Ola! ¿quién eres, extranjero?
¿De dónde á estas riberas has venido?
¿A quién debes el sér? De todo quiero
Que sin faltar á la verdad me informes,
Porque si yo por tu relato advierto
Que en nada mientes, mi amistad, mi casa,
Muchos y ricos dones te prometo.
Yo el rey soy Carinflado, á quien las ranas
De este charco tributan fiel respeto.
Hijo soy de Legamio y Agnasmanda,
Que en la márgen de Eridano se unieron
De amor en dulces lazos. Tu hermosura,
Tu bazarria y preeminencia observo,
Tu brío en las batallas, y la insignia
De dignidad real en ese cetro.
Ea; de tu prosapia dame cuenta,
Que ansioso de tu boca oírla espero.»
Contestando el raton: «Es bien extraño,
Dijo, que sólo á tí se haya encubierto

(1) Aunque, por regla general, nos hemos propuesto no incluir en esta coleccion sino poesías originales, no titubamos en publicar esta traduccion, inédita, del doctor Márcos, así por el burlesco desembarazo con que está hecha, como por la singularidad del poema. El traductor, como se ve por sus autógrafos, seguía la vulgar creencia de que la *Batracomíomaquia* es obra de Homero. Es una linda, rápida y chistosa parodia de la *Iliada*; y nadie imagina hoy que pudiese asaltar al poeta soberano la extraña tentacion de burlarse de su inmortal epopeya. La tradicion helénica atribuye la composición de la *Batracomíomaquia* á Pigres, príncipe de Caria, el cual vivió en tiempo de Jérges, esto es, unos seis siglos despues de Homero. (Nota del Colector.)

El esplendor de mi linaje claro,
A dioses, hombres y aves manifiesto.
Robamigas me llamo; y es mi padre
Zampatorras, raton de ánimo excelso.
Del gran rey Tragapiernas, hija ilustre,
Dientimonda, mi madre, en agujero
Oculto me parió. Con higos, nueces
Y otros manjares mil de tanto precio
Me crió. Mal podrán hacerse amigos,
Si en nada se parecen dos sujetos.
Tú vives en el agua; yo, al contrario,
De cuanto el hombre come me alimento.
El pan floreado, la anchurosa torta,
Anisada y metida en hondo cesto,
Las piernas, entretelas y asaduras,
De rica leche el bien prensado queso;
Dulce mostillo, que envidiosos miran
Los bienaventurados desde el cielo,
Cuántas viandas con mil artes guisan
En limpias ollas diestros cocineros
Para regalo de glotonos, ya cen
De mi diente sutil bajo el imperio.
Nunca me vió la espalda el enemigo,
Espantado al crujir de los aceros.
Pronto, sí, siempre en las primeras filas,
Alarde hice de valor guerrero.
No me infundió pavor hombre ninguno,
Por forzado que fuese y corpulento.
Sobre su lecho alguna vez le asalto,
Y le muerdo la yema de los dedos;
Le tiro de las piernas, y él tranquilo,
Sin curarse de mí, sigue durmiendo.
Dos enemigos, que me son fatales,
Sobre el globó terráqueo sólo temo,
El gabilan y el gato. Una maldita
Trampa hay tambien donde tal vez tropiezo
Con ventura falaz; pero es el gato
Mi enemigo entre todos más tremendo,
Que astuto con su garra escudriñando,
Me sorprende en secretos agujeros.
Yo jamás como rábanos, acelgas,
Apios ni berzas; calabazas ménos;
Estas verduras aprovechan sólo
A estómagos de jugos como el vuestro.»
A estas razones con falaz sonrisa,
Respondió Carinflado: «Forastero,
Muchas glorias predicas de tu panza,
Pero nosotros mucho más tenemos,
En tierra y agua, que tu vista admire.
A las ranas dió Jove que ambos fueros
Gozasen; por la tierra andar saltando,
Y en las aguas hundir libres sus cuerpos.
Si de todo quisieres enterarte,
Verás cuán fácilmente te lo muestro.
Monta sobre mi espalda, y con tus manos

A mis hombros agárrate sin miedo
De que caerte puedas; y en un soplo
A mi palacio llegarás contento.»
Esto dicho la espalda le presenta,
Y de un brinco sobre él saltó ligero
El raton, que gozoso, siempre asidas
Las manos del Infiado al tierno cuello,
Iba mirando la vecinas playas,
Navegando en un buque tan velero.
Mas ya que sintió al fin que iban las olas
Por instantes su espalda humedeciendo,
Allí fueron los lloros, los pesares,
Y rabioso arrancarse los cabellos.
Las piernas apretaba á la barriga;
Con rapidez no usada dentro el pecho
Le palpitaba, clava sollozando
En la tierra sus ojos turbulentos,
Y un helado terror de él se apodera.
Arrastrando la cola como un remo,
A tenderla empezó sobre las aguas,
Importunando á Júpiter con ruegos
Que llegar le dejase á tierra firme;
Pero las olas más iban creciendo.
Entónces, apretando los pulmones,
Razones tales arrancó del pecho:
«Bien de otro modo el Toro á su querida
Europa, haciendo de su lomo asiento,
La trasportaba á Creta navegando;
Tal como á mí me lleva este perverso
A su palacio, sobre sus costillas,
Del agua alzando el cuerpo amarillento.»
Aparece á deshora una espantosa
Culebra, que empujando el cuello enhiesto
Sobre el agua, á los dos dejó asustados.
Sin mirar Carinflado en más respetos,
Ni atender al peligro en que quedaba
De perecer su triste compañero,
De la laguna al fondo se zambulle,
Y escapa así del inminente riesgo.
El raton desdichado, panza-arriba,
Nadando sobre el liquido elemento,
Las piernas apretaba, y despedía,
Dando diente con diente, su resuello.
Ya se hundía en el agua, ya sobre ella
Hincapié con las zancas iba haciendo,
Mas sin poder salvarse. Su zalea,
Cuanto más se empapaba, más el peso
Aumentaba, y le hundía. Convencido
De que se ahogaba ya sin más remedio,
Desesperado dice: «No á los dioses
Ocultarás el vil procedimiento
De dejarme caer, cual de una roca,
Desde la altura de tu extenso cuerpo
En el agua, maldito Carinflado.
Si lidiaras conmigo en firme suelo
A correr, á puñadas, brazo á brazo,
O á cualquier ejercicio violento,
No me ganarás tú; y aun en las aguas,
Sólo á traicion me vences, embustero.
Mas Jove que lo ve, me hará vengado;
Y hará en tí todo el bando ratonesco,
Sin que evitarlo puedas, tal castigo,
Que á los traidores sirva de escarmiento.»
Así dijo, y sin más lanzó el cuitado
Del alma el postrimer vital aliento.
Recostado á la orilla Lameplatos,
En blando césped, vió el cadáver yerto
Sobre el agua. Chillando horriblemente,
Corrió á dar parte del fatal suceso
A los ratones, que al oírlo braman,
Y les hierve la cólera en los pechos.
En córtés generales determinan
Juntarse desde el punto que el lucero
Del alba salga en el siguiente día:
Y el bando hacen saber los pregoneros,
Que ordena á todos concurrir sin falta
De Zampatorras al alcázar régio,
Padre del infelice Robamigas,
Que panza arriba en cristalino lecho
Yace yerto cadáver, no á la orilla,
Sino á la flor del agua, allá en el centro
Del piélagos nadando. Ya á la aurora

No faltaba ninguno en el congreso.
Zampatorras, que en ira y rabia ardia,
Tomando la palabra, habló el primero:
«Aunque yo solo, amados compatriotas,
De las ranas sufrí males inmensos,
La infausta suerte á todos amenaza.
¡Desdichado de mí! Tres hijos cuento
Perdidos por mi mal. Atrapó al uno
Al asomarse incauto á su agujero,
Una gata feroz, que con sus uñas
Menudas trizas hizo hasta los huesos.
Hombres crüeles al segundo cogen
En una trampa, artificioso invento,
Que llaman ratonera, de infortunios
A nuestra raza manantial perpétuo;
Y sin piedad allí lo sacrifican.
Carinflado ¡qué rabia! al predilecto
De mis entrañas, de su augusta madre
La prenda más querida, el embeleso
De nuestros ojos, pérfido lo ahoga
En un profundo charco. Compañeros,
Al arma, al arma; cada cual apreste
Su más terrible y cómodo armamento,
A batalla campal contra las ranas
Salgamos, de armas guarnecido el cuerpo.»
Con tan vehemente alocucion movidos,
Todos á armarse presurosos fueron
Con las armas que Marte les ofrece,
A quien toca en las guerras el gobierno.
Las piernas cubren con lucientes grevas,
Que de vainillas de habas verdes diestros
Una noche forjaron, á porfia
Las matas con sutil diente royendo.
Fuerzas corazas de la piel de un gato,
Que desollaron con osado aliento,
Bien chapadas con cañas fabricaron
Para defensa de sus firmes pechos.
De cáscaras de nuez morriones hacen,
Y los arneses de candiles viejos.
Las lanzas eran como agujas largas,
Que Marte les labró de fino acero.
Gallardos salen á la guerra armados;
Y las ranas, así que lo supieron,
Saltan del agua y al paraje vienen
Do tener acostumbran sus consejos.
La desastrosa guerra consideran:
Cuál el motivo del hostil proyecto
Pudiera ser, atónitos indagan;
Cuando un trompeta aproximarse vieron
Con cetro en mano. Cataorzas era
Hijo del animoso Oradaquesos,
La guerra les intima en voz sonora:
«¡Oh ranas! de ratones mensajero,
Os anuncio, les dice, que con armas
Salgais á pelear en campo abierto.
Ahogado sobre el agua á Robamigas
Ha visto mi nacion con sentimiento:
Y que de este fracaso, Carinflado,
Vuestro rey, fué el autor, tambien sabemos,
A sostener la hazaña con la espada,
Si á tanto llega vuestra audacia, os reto.»
Dijo, y la espalda vuelve. En los oídos
De las ranas altivas largo tiempo
Resonó el arrogante desafío,
Dejando atolondrados sus cerebros.
A Carinflado reconviene todas,
Y él, puesto en pié, les dijo: «Yo no he muerto
A tal raton, ni perecer le he visto.
El fué, sí, quien se ahogó, porque inexperto
Se arrojó sobre el lago de las ranas,
Remedando el nadar por pasatiempo.
Y ahora á mí los picaros me culpan,
Cuando inculpable soy. Pero bien presto,
Si seguir os plugiere mi dictamen,
Sentirán los ratones todo el peso
De su perfidia; porque ya en mi mente
Un plan seguro y fácil me he propuesto.
Encima de las márgenes del charco,
Donde haya más barrancos, nos pondremos
Ceñidos de armas; y cuando ellos lleguen
A arremeter, asiendo de sus yelmos
Cada cual al que tenga más cercano,

En el charco á la par damos con ellos,
Que oprimidos del peso de las armas,
Siendo para nadar unos zopencos,
Se ahogaran sin recurso. Aquí gozosos
Levantamos entónces un trofeo,
Do la fama repita con su trompa
La ratonimatanza en claros ecos.»

Calló, y á buscar armas todos corren.
De hojas de malvas borceguías tersos
A sus piernas ajustan. Las acelgas
Anchurosas y verdes firmes petos
Les suministran. Con primor no visto,
Las hojas de la berza, honor del huerto,
Para broqueles aderezan. Ponen,
En vez de lanzas en el ristre, sendos
Juncos largos y agudos; y las conchas,
De caracoles suplen el defecto
De cascos bronceados. Guarnecidos
Con estas armas, dándoles aliento
El coraje que hierve en sus entrañas,
Tomando posiciones del estero,
Al borde en los barrancos más tajados,
Blanden sus lanzas, vomitando fieros.
Júpiter, á los dioses convocando,
Subir les manda al estrellado cielo.
De la guerra terrible les da parte,
Del número y valor de los guerreros;
Muchos y excelsos, que con luengas lanzas,
No están á pelear menos resueltos
Que cuando los Centauros y Gigantes
El celestial alcázar combatieron.
Quién á las ranas, quién á los ratones
Su divino favor preste, risueño
Pregunta á todos; y con dulce agrado
La palabra á Minerva dirigiendo,
«Hija, le dice, tú darás tu auxilio
A los ratones, que en tu augusto templo
Andan saltando siempre, y participan
De las ofrendas del devoto pueblo,
Y gozan los perfumes que embalsaman
Tu trono y ara con olor sabeo.»

A Júpiter Minerva así responde:
«Si á los ratones en peligro extremo
Yo viera ¡oh padre! no los auxiliara,
Porque de ellos sufrí males sin cuento.
Arpar mis diademas, los faroles
Apagar por chuparse los mecheros
Con el mayor descaro, son injurias
Que las tengo clavadas en el pecho.
¡Y si en esto parasen!... ¡Insolentes!
Han osado también roer mi peplo,
Que yo misma tejí de sutil trama
Y fino estambre, hilado por mis dedos
Con mil apuros; pues tomé al fiado
La lana, y no he cumplido con el dueño,
Ni he satisfecho al sastre las hechuras,
Que por la dilación me exige premio.
Por esto los ratones me fastidian,
Pero las ranas no me enfadan ménos.
Entiendo que no tienen sano el juicio,
Porque cuando volví del campamento,
Cansada del trabajo de la guerra
Primera, y por demás falta de sueño;
Mis ojos no pegué en toda la noche;
¡Tanto fué el alboroto que trajeron!
Con dolor de cabeza desvelada,
Así que cantó el gallo dejé el lecho.
Batallén como quieran, á ninguno
Con nuestro auxilio ¡oh dioses! ayudemos,
No sea que algún dardo nos alcance
De los que ellos disparan desde léjos;
Pues cuando se encarniza la refriega,
No reparan de dioses en respetos,
Y aquí desde el empuje, sosegados,
Del guerrero espectáculo gocemos.»
La persuasiva arenga de Minerva
Convenció á sus divinos compañeros,
Que en lugar oportuno se colocan.
Preséntase á sus ojos el sangriento
Pendon que dos alféreces traían:
El bélico clamor dos trompeteros
Cinifés con espanto al aire esparcen,

Redoblando sus toques á degüello.
Desde el Olimpo Júpiter Saturnio
Tronó en señal de desastroso agüero.

Hasta el hígado el vientre atravesando,
Antes que nadie estrena Vocinglero
Su lanza en Fuertelame, que alto grado
Tenía entre la flor de los guerreros:
Precipitado cae, y con el polvo
Asqueroso quedó su fino pelo.
Su lanza en esto Minacuevas clava
En la tabla del pecho á Cienolento,
Con fuerza tanta, que la negra muerte
Le arrancó el alma al desplomarse el cuerpo.
Acélgano, despues, á Cataorzas
El corazon traspasa. Violento
Pantraga el vientre rompe á Garlagarla,
Y el alma vuela de sus frios miembros.
Moribundo le mira Gozalagos,
Y el paso á Minacuevas dirigiendo,
Con una enorme piedra de molino
Le dió un golpe mortal en el pescuezo,
Y eterna oscuridad cerró sus ojos.

Va sobre él Fuertelame, y con su acero,
A Gozalagos con certero golpe
Los livianos (1) le saca, y al momento
Zampacoles, tomándole las vueltas,
Se echa del lago en el fondéadero,
Y con denuedo lidia desde el agua;
Herido Fuertelame viene al suelo,
Y no rebulle. Se enrojece el agua
Con la sangre que arroja de su cuerpo
En la playa tendido, y en sus tripas
Y sebosas entrañas todo envuelto.
Charquiario, enfurecido, en las orillas
Del charco mata al bravo Oradaquesos.
Al ver á Roepiernas, temeroso
Huye saltando al lago Carriceño,
Roto el escudo. Vuela disparado
Por Gustagnas un canto, y el cerebro
Hunde al rey Mascapiernas, que despide
Despachurrados sus mezuquinos sesos
Por la nariz, teñidos en la sangre
Que el suelo inunda. El bravo Vuelcaciños
Alanceado cae por Lameplatos,
Y queda sepultado en sueño eterno.
A Usmeon acechando Sorbeovas,
Le agarra y trae con tenaces dedos
Por un talon al charco, y con el agua
Añuzcado, cerrósele el garguero.
Robamigas batalla enfurecido,
Al ver los suyos en el campo yertos,
Y la ancha panza rompe de Lodanio,
Metiéndole hasta el hígado el acero:
Cae el cadáver yerto á sus piés mismos,
Y desciende el espíritu al averno.

Pisaciños lo ve; y una pellada
De lodo le arrojó, que el entrecejo
Le aplasta, y por muy poco no le ciega.
Entónces el raton, en ira ardiendo,
Brama de rabia, y con robusta mano
Una peña levanta, que en el suelo
Era carga pesada á nuestro globo,
Y brioso la arroja á Pisaciños
De rodillas abajo, y como alheña
La canilla derecha le ha deshecho,
Tendiéndole en el polvo panza-arriba.
Gritanio á defenderle va corriendo
Con lanza en ristre, y pasa á su contrario
Con ella el vientre, y al tirar del hierro,
Arráncale con mano poderosa
El entresajo é intestino recto,
Que por el ancho suelo desparrama.
Pancome, que esto observa desde léjos,
Pues quedó fuera de combate, cojo,
Junto á la charca con dolor intenso,
Se tiró, como pudo, en una zanja,
Por temor de pagar con el pellejo.
Con un pié herido escapa Carinfiado,
Y á ocultarse en el charco va ligero,
De Zampatortas acosado. Y éste

(1) Los bofes.

Que le veía casi sin aliento
Caer precipitado, á él se abalanza,
La atroz injuria de vengar sediento.
Mas Verdiovando, que el peligro advierte
En que se ve su triste compañero,
Por entre los más bravos se abre calle,
Y ya que cerca está, con brazo diestro
A Zampatortas una lanza vibra,
Que sin poder atravesar los cueros,
En la adarga quedó firme clavada.

Bizarro si los hay un raton nuevo,
A quien torcer ninguno el brazo pudo
Si á luchar se ponía cuerpo á cuerpo,
Adalid que otro Marte representa,
Del noble Panacecha el hijo tierno,
Robaparte, el gallardo, el valeroso,
El solo en batallar y vencer riesgos,
A la márgen del lago se presenta,
Y ufano, como aquel que estaba cierto
De que todas las ranas no podían
Contrarrestar su denodado esfuerzo,
Por más que peleasen, les intima
Que su esterminio tiene ya resuelto.
Y era tan grande su ardoroso brío,
Que uno fuera el decirlo y el hacerlo,
Si el padre de los dioses y los hombres
No hubiera á su bravura puesto freno,
Compadecido de las tristes ranas,
Que no tenían de salvarse medio.
La frente alzando el hijo de Saturno,
Declara así su compasivo afecto:

«¡Qué enorme empresa miro que acomete
Osado Robaparte y altanero!
Sus aterrantes voces de exterminio
Contra las ranas, danme gran tormento,
Pero allá vaya la guerrera Pálas,
Y también Marte, sin perder momento,
Y por más que confie en su pujanza,
Desistirá del belicoso empeño.»
A esta propuesta así responde Marte:
«¡Oh hijo de Saturno, yo comprendo
Que de Pálas y Marte el poder sólo
A las ranas no sirve de provecho.
Marchemos todos juntos en su ayuda;
O el arma fuerte esgrime, que el portentoso

Asombroso y fatal á los titanes
Obró, cuando la muerte á los que entre ellos
De más valientes se preciaban, diste,
Ahérrojado á Encélado trayendo,
Y á la indomable raza de gigantes
Duras cadenas anudando al cuello.»

Dijo: y el hijo de Saturno vibra
El rayo fulminante, y con el trueno
Retumbando la bóveda celeste,
Retemblar hizo el vasto firmamento.
Rodeando su brazo poderoso,
Lanza con furia ingente el rey del cielo
El rayo aterrador de los mortales,
Que bajó serpeando en presto vuelo.

Despavoridos ranas y ratones
Quedaron todos con tan recio estruendo.
Mas los ratones, recobrando el brío,
Sin reparar en sustos pasajeros,
En columna cerrada por los grupos
De las ranas con ímpetu rompieron.
Y no hubieran dejado rana á vida,
Si Júpiter, propicio, con empeño
No ayudara á las ranas, enviando
De tropas auxiliares un refuerzo.

Grande caterva de repente vino
De campeones, que sin ser herreros,
Tienen lomos á yunque parecidos;
Sus garras corvas, el andar travieso,
De tenazas armados los hocicos,
Visojos, zambos, de huesudos miembros,
Anchos de espaldas, de hombros relucientes
De manos largas, miran por el pecho,
Teniendo dos cabezas, cuatro patas
Por banda mueven con gentil sosiego.
Pielas de concha llevan, son de trato
Aspero y duro: llámense Cangrejos.
A los ratones, piés, manos y colas
Atarazan, dejando el tronco escueto,
Y en vano los ratones los arredran,
Que sus lanzas resaltan en los cueros.

Por fin, ya sin aliento los cuitados
Que quedaron con piés, huyen ligeros.
Paró al poner del sol la lucha horrenda,
Siendo su duración de un día entero.

DON PABLO DE JÉRICA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Vitoria el 15 de Enero de 1781. Estudió filosofía con los religiosos dominicanos de aquella ciudad, y derecho romano en la universidad de Oñate. Poco inclinado á los estudios graves, los dejó para dedicarse al comercio, que había sido la profesion de su padre, y pasó á Cádiz con este designio por los años de 1804. Frustráronse allí sus esperanzas de hacer fortuna. Una espantosa epidemia y la gloriosa, pero funesta batalla de Trafalgar paralizaron por aquellos tiempos el movimiento mercantil. Sobrado de tiempo para consagrarse á sus aficiones favoritas, JÉRICA aprendió el italiano, el inglés y el portugués, y compuso muchas poesías. Durante los primeros años de la invasion francesa, cultivó en Cádiz la amistad de varios literatos distinguidos, que allí acudieron con motivo de las circunstancias, y se dió á conocer, publicando en los periódicos varios artículos, y no pocas composiciones fugitivas. Despues residió algun tiempo en la Coruña, en cuyos periódicos publicó asimismo algunos escritos.

Por la imprudencia de algunos de sus actos, nacida de sus vehementes opiniones liberales, fué, en 1814, sentenciado á presidio por diez años y un día. Se libró de esta pena refugiándose en